

Agridulce

La sal del desarrollo

HERMES TOVAR PINZÓN

Universidad de los Andes, Bogotá,

Colección Séneca, 2011, 203 págs.

HERMES TOVAR Pinzón (n. 1941) ha enaltecido con numerosas obras el oficio del historiador, al reconstruir diversas facetas de la sociedad colombiana, desde las sociedades prehispánicas hasta el siglo XX. Una característica notable de su trabajo investigativo radica en combinar un escrupuloso manejo documental, con el conocimiento de la literatura secundaria básica sobre los procesos que estudia. En todas las obras del profesor Tovar se observa el interés por escudriñar en lo que se encuentra más allá de las superficies, apariencias y tópicos comunes sobre la historia colombiana y latinoamericana. Eso mismo se capta en el escrito que comentamos, aunque con la diferencia que este no es un *libro orgánico*, por así decirlo, sino una recopilación de tres ensayos sobre diversos temas. Entendemos por un *libro orgánico* aquel que es el resultado de un tema claro y concreto, obedece a un plan concebido con antelación, se desarrolla en una forma articulada y coherente y al final es presentado en capítulos que mantienen una secuencia lógica.



El atractivo título del libro, *La sal del desarrollo*, no corresponde en rigor a los tres ensayos que lo componen, porque su temática es heterogénea en términos históricos y espaciales y solamente el primero, que porta el nombre de “El huevo, la aguja y el elefante: la paradoja del desarrollo”, se ajustaría al título propuesto. El segundo ensayo,

“El recuerdo y la memoria: oficio del historiador” y el tercero, “La otra orilla del silencio” no están relacionados en forma directa con la cuestión del desarrollo, aunque desde luego hilando muy fino se podrían encontrar los nexos que lo unen con tan espinoso problema. De tal manera, que podemos concluir en forma preliminar que el título del libro fue colocado más como un gancho para atraer lectores y no porque corresponda en verdad al contenido integral de la obra. Para confirmar nuestra aseveración, nada mejor que hacer un recuento de los tres ensayos que contiene este texto.

El primero constituye una conferencia dictada en el II Encuentro Nacional de Economía, celebrado en la Universidad de los Andes en septiembre de 2010. Es importante tener en cuenta el público al que estaba dirigido el texto, porque en gran medida eso ayuda a entender la problemática planteada por el autor. Éste sostiene como tesis principal que el desconocimiento de los problemas que aquejan a la sociedad colombiana están relacionados con la ignorancia de la historia, o más exactamente de no situarlos en la larga duración, puesto que esos problemas no han aparecido en rigor en la actualidad, sino que son una manifestación de tendencias seculares que se originaron en el mismo momento de la conquista sangrienta y brutal de las sociedades indígenas desde finales del siglo XV. En forma panorámica el autor recuerda la magnitud de la destrucción que soportaron los pueblos indígenas, en el ámbito cultural y material. Desde entonces se impuso el colonialismo que se preserva hasta el día de hoy, el cual se basa en gran medida en el olvido generalizado, para que cada nueva generación no vincule las tragedias de su tiempo con lo que viene sucediendo desde hace un poco más de cinco siglos.

Como este capítulo está dirigido a economistas –de cuyo gremio salen los funcionarios más encopetados que manejan el Estado y los negocios–, el profesor Tovar critica en forma directa al neoinstitucionalismo que se ha convertido en la ideología que sustenta el colonialismo de nuestro tiempo y actúa como “un sedante para desviar la rebeldía y el razonamiento crítico de la realidad desigual de nuestro mundo”. Por eso, “se convierte en un modo

de horizontalizar quinientos años de historia sin análisis histórico” (pág. 17). Para demostrar su afirmación, el autor recuerda que el sentido profundo de las instituciones actuales ya existía en la época colonial y éstas tienden a persistir en el tiempo, lo cual es posible porque el poder de *facto* en cada momento histórico hace posible esa persistencia.

A diferencia del neoinstitucionalismo, no basta con contemplar los asuntos internos de una sociedad y examinar sus instituciones, sino que se hace necesario relacionar lo que sucede en cualquier territorio de nuestra América con los intereses de los poderes dominantes en el mundo. Esta premisa es indispensable, porque “todos los esfuerzos de cambio hechos por nuestras naciones han sido intervenidos por los imperios que exigen ajustar las instituciones a sus intereses y proyectos” (pág. 21). Como parte de esos proyectos imperialistas y colonialistas, en nuestros países se ha impuesto la imitación sobre la creación y el pensamiento propio y por dicha razón somos proclives a copiar cualquier moda intelectual que se genere en los países del norte.

Ahora bien, en términos de la investigación histórica concreta, Tovar Pinzón propone el estudio de nuestros problemas cruciales en la larga duración, lo que obliga a recurrir al tratamiento empírico de la amplia información que se encuentra en los archivos de España, Colombia y el resto de países de América Latina, sin forzar esa información a lo que dictan modelos preconcebidos y sin rendirse ante el regreso de la historia heroica tradicional –a veces encubierta con motes de poscolonialismo– que reniegan del estudio de las series temporales de larga data, de la demografía y de los indicadores de tipo estructural. En concordancia:

Los maestros guiados por teóricos de ocasión se preocuparon más por una historia minimalista, por volver a los individuos más que a las empresas y por explicar mejor las barbas del virrey que las razones que movieron los motines contra la presión fiscal, contra los abusos de terratenientes, contra los precios altos de alimentos básicos o contra los monopolios como el aguardiente. Entonces regresamos

a la historia heroica [...] Las consecuencias de esta decisión se observan en este bicentenario, donde hay más rostros de héroes, que análisis sobre los costos de la guerra, el valor de la manumisión, la redistribución de la tierra de los indios, el impacto de la guerra sobre la acuñación y emisión de monedas o sobre los ingresos fiscales y sobre los precios y salarios. [págs. 36-37]

Con esta lógica analítica que ha sido abandonada por la historiografía colombiana, el autor señala que entre los grandes problemas del país y el continente descuellan la pobreza, la desigualdad, la corrupción, las economías exportadoras de ciclo corto y las relaciones entre las clases dominantes de cada país con los imperios hegemónicos en cada fase histórica. En particular para el caso colombiano, se nos recuerda que el robo de tierras y de títulos no es algo de esta época –como sucede con el sonado caso de la empresa *Riopaila* en el departamento de Vichada– sino que se proyecta desde el “lejano pasado” como si fuera una eterna repetición de lo mismo: un interminable proceso de robo y expropiación de las tierras de campesinos e indígenas, en el que han participado presidentes de la república, funcionarios, abogados, terratenientes y empresarios que han empleado a su favor el poder político. Eso ya había sido advertido por Manuel Murillo Toro quien, en mayo de 1868, afirmó algo, que pareciera haber sido dicho hoy: “El militarismo i el pillaje han hecho de esta pobre tierra [...] el campo de sus más desvergonzadas fechorías” (citado, pág. 47).

Todas estas cosas que denuncia Hermes Tovar les debieron parecer a los economistas que lo escuchaban como insultos a los valores más preciados de la nacionalidad colombiana, entre los cuales sobresalen el robo y el despojo de los pobres y campesinos.

El segundo ensayo fue leído el 30 de julio del 2010 en la clausura del XV Congreso Nacional de Historia en Bogotá. Aquí el autor mantiene su perspectiva de reivindicar la importancia de pensar los problemas en la larga duración, pero con el ingrediente adicional que lo aplica a la relación entre historia, memoria y recuerdo. De

manera bastante llamativa, el profesor Tovar combina el recuerdo personal, su propia biografía, o más exactamente su infancia y juventud, para vincularla con el origen de sus preocupaciones por el estudio de la historia, y a partir de allí rememora uno de los peores momentos de la historia nacional –la primera Violencia–, en especial el periodo laureanista (1950-1953).

El autor diferencia entre memoria y recuerdo, al considerar que la primera se vincula al tiempo largo y el segundo al tiempo corto, mientras que la historia está referida en América Latina a la existencia de un macrosistema, al sistema colonial, que se mantiene vigente todavía al empezar el siglo XXI, puesto que sus postulados centrales, de crecimiento y desarrollo, se preservan incólumes, con su misma lógica de beneficiar a unos sectores minoritarios de la población (ligados al capital extranjero y a la exacción de recursos), y empobrecer a las mayorías.

Este capítulo es un buen ejemplo de la manera como un historiador se ve influido en forma directa e indirecta por los lugares en los que vive su niñez y por los acontecimientos que allí discurren y que marcan toda su vida posterior. Al respecto se nos recuerda que en el decenio de 1950 en las tierras del Tolima –uno de los epicentros de la Violencia– los curas predicaban desde el púlpito odio hacia quienes llamaban sus enemigos y a quienes ordenaban liquidar a sangre y fuego. Así, “un obispo nos hizo jurar odio al comunismo y a la mañana siguiente decenas de ranchos en los campos estaban reducidos a ceniza, mientras que centenares de campesinos huían por los caminos con los primeros muertos de una guerra protagonizada por la Iglesia, los partidos y el Estado” (pág. 66). ¿No es acaso, se pregunta el autor, lo mismo que se reproduce con otro nombre –el de “seguridad democrática”– en la actualidad?, como ejemplo que las cosas no parecen haber cambiado mucho en el último medio siglo en el país. Y esto solo puede ser entendido si nos alejamos del recitativo de la coyuntura y nos internamos en los meandros profundos de los tiempos largos, que en nuestro país se remiten, por lo menos, a la Independencia, porque la impunidad, el atraso y la violencia forman parte de un drama que “ha

comprometido a abuelos y bisabuelos, hijos, nietos y bisnietos, en este desastre de crecimiento económico en que nos hemos empeñado después de la independencia de Colombia” (pág. 67).



Ese desastre de la violencia y de la impunidad solo puede ser remediado con la construcción de una sociedad en paz, pero esto a su vez solo se puede alcanzar si se erradica la terrible desigualdad que caracteriza a la sociedad colombiana, lo que sería posible mediante una reforma urbana, agraria y educativa, que permita incorporar a la mayoría de los habitantes del país a los beneficios de la modernidad. El problema es que sin impulsar esas reformas, necesitaríamos tres siglos para que el 95% de los habitantes de Colombia disfruten de ingresos básicos, porque la experiencia histórica indica que en los dos siglos que han transcurrido desde la independencia solo se ha podido incorporar a un 15% de la población cada siglo a los beneficios del desarrollo capitalista.

En este capítulo se hace un sinnúmero de consideraciones importantes sobre los diversos aspectos que influyen y configuran la labor del historiador, como el peso del lugar (la geografía), el recuerdo inmediato de la experiencia vivida, el trasegar con la experiencia transmitida a través de mitos, relatos, poemas y canciones, la reivindicación de una escritura propia de la historiografía que no se confunda con la novela histórica, convertida esta última en un producto comercial que intenta suplantar, de mala manera por lo demás en la mayor parte de los casos, a una rigurosa reconstrucción de los procesos históricos. Sobre esto último, con convicción Hermes Tovar afirma:

Lo importante es la responsabilidad con que se investiga y escribe. La publicidad y los mercados artificiales de la sociedad de consumo no deberían alterar el silencio de la historia y los historiadores. Tal vez una mayor comunión con nuestro oficio contribuya a derrotar la inelasticidad del mercado de los libros sobre la historia nacional y a hacer menos dramático el desempeño y formación de profesionales en nuestra disciplina. [pág. 123]

En el tercer y último ensayo, se produce un salto inesperado, porque de Colombia y América y de la larga duración, se pasa a España, a la guerra civil que sufrió ese país en el decenio de 1930, y al recuerdo por parte de los herederos de los vencidos en esa contienda. En sentido más preciso, el autor se propone escudriñar las razones que explican la forma como en España se impuso el silencio y la impunidad sobre los crímenes del franquismo y como eso fue asumido por la mal llamada “transición democrática”, que siguió a la muerte del dictador, en 1975.

El autor se concentra en el silencio heredado en la sociedad española y en el recuerdo de esos trágicos sucesos de hace varios decenios por aquellos que se niegan a aceptar el olvido de los vencidos y no admiten la amnesia colectiva que se les ha querido imponer. No obstante, al transcurrir la lectura comprendemos que se trata de preguntarse cómo eso mismo que ha acontecido en España sigue sucediendo en Colombia, donde guerra tras guerra desde el siglo XIX, “los vencedores han reducido los vencidos a las estrechas rejas del aislamiento y el olvido” (pág. 133).

Para reconstruir el trauma que sufren aquellos que fueron vencidos y silenciados, se recurre a diversos relatos, como mecanismo de escuchar las voces de los subalternos, que al parecer fueron recogidos por el mismo Hermes Tovar en Córdoba (España). Con base en esos relatos y en la consulta de la bibliografía especializada y reciente sobre la guerra civil, se plantea que el recuerdo es diferenciado en el proceso de fortalecer su memoria, porque en unos (los vencidos, sirve para “reconstruir sus sueños”, y en otros (los vencedores) les ayuda a “olvidar sus crímenes” (pág. 154). Al final de este

capítulo se comprende la importancia de estudiar y conocer lo que sucedió en España, donde se consolidó una terrible dictadura de extrema-derecha, clerical y falangista, que aplastó a los vencidos, puesto que esa misma dictadura tuvo réplicas en América Latina y en particular en Colombia, con el régimen de Laureano Gómez, quien, junto con las jerarquías católicas y el Partido Conservador, se dio a la tarea de librar una cruzada anticomunista por el “bien de la patria”, que produjo la muerte de trescientos mil colombianos y la desolación en campos y ciudades. Como en la España que siguió al fin del franquismo —en la que se impuso la amnesia y el olvido—, en Colombia iba a suceder otro tanto tras los miles de muertos de la Violencia, porque las clases dominantes y los partidos tradicionales firmaron un pacto de reconciliación, con olvido total y con absolución para los criminales, que forjó el Frente Nacional (1958-1974) y con lo cual se liquidó cualquier alternativa de democratización de la sociedad colombiana.



Por supuesto, esta no es una característica exclusiva de la historia colombiana, ya que esa misma impunidad se registra en todo el continente: en Guatemala, en República Dominicana, en Chile... lo que demuestra que “perdón y olvido sin justicia deja intactas las estructuras de la criminalidad y, sobre todo, la conciencia de los criminales de que podrán seguir actuando impunemente” (pág. 183). Todo esto

está muy bien, lo que dudamos es que la oficialista y uribista Comisión de Paz, Reparación y Reconciliación haya contribuido a darle la voz a los vencidos en Colombia, como lo dice Tovar (en la página 189, la última de este capítulo), cuando simplemente fue una instancia burocrática encargada de lavarle la cara al Estado como el principal responsable de la violencia en Colombia, de la de antes y de la de ahora.

Para concluir, podemos decir que el libro deja al final un sabor agri dulce, porque aunque cada capítulo está bien escrito, documentado y presenta un argumento coherente, al final no encontramos un libro de conjunto, sino tres ensayos sueltos, sin mucha relación entre sí. Claro que cada ensayo es interesante, pero no se ajustan de manera clara y convincente con el título propuesto en el libro, porque la temática del desarrollo amerita una investigación histórica más de fondo.

Renán Vega Cantor

Profesor titular, Universidad Pedagógica Nacional

El dictador encontró la horma de sus botas

La parodia de la dictadura: un diálogo con la historia en la narrativa garciamarquiana

HERNANDO MOTATO CAMELO
Universidad Industrial de Santander,
Bucaramanga, 2010, 234 págs., il.

EN ESTE ensayo el autor busca caracterizar esos “dictadores agropecuarios” que según García Márquez, marcaron la historia latinoamericana con su caudillismo de tierras e hijos. Marcas, por ejemplo, como la de los noventa hijos reconocidos que tuvo Juan Vicente Gómez en Venezuela. El ensayo también busca mostrar la forma como García Márquez saquea la historia y la vuelve metáfora crítica e inversión paródica de ese mundo de compadrazgos y vuelcos ideológicos que desde la hacienda configuraban un país propio.

En el caso colombiano Tomás Cipriano de Mosquera, según Jaime